

IV

LOS INSTANTES DEL TIEMPO

EL AYER

El ayer que me hizo
no sé dónde está.
El que me deshizo, sí:
está aquí, conmigo,
presente todos los días.

TÁNTALO O EL MAÑANA

Siempre incierto el mañana nos espera,
nos llama desde su misterio,
nos incita a embarcar, no deja
que nos quedemos en la orilla.
A veces he llegado a un puerto generoso
y he pensado atracar.
Pero de nuevo
algo desconocido
me enciende su llama lejana.
Sé que está ahí y es para mí.
Una y otra vez lo persigo
y lo que encuentro no es el final.

NUBES

La alegría más alta
siempre esconde una sombra
invisible,
agazapada, de tristeza.
Igual que la melancolía
atraviesa la risa
de esta mujer que juega
con su nieto.

CON LUZ PROPIA

El tiempo que ni vuelve ni tropieza

QUEVEDO

La memoria reserva llaves escondidas,
enciende luces que ya no sirven
más que para doler.
Un trozo de tiempo alegre y lejano
puede brillar ahora.
Y no eres tú, pero sí eres,
la que aparece.

Como un sueño que se repite,
como una pesadilla
luminosa,
un gesto se esconde en una mano
y en el adiós se guarda una mirada.

El coche que te aleja
lleva un calor que es tuyo
y su prisa es alegre
porque piensas volver.
En el asiento posterior, rendidos,
tus ojos apretando la dicha
permanecen.

Y aunque ni tú ni el tiempo regresaron

al dulce aire abandonado,
aquella emoción sigue viviendo
por sí misma,
como si no necesitara
más de ti.

MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

Polvo enamorado
QUEVEDO

El polen esparcido por la abeja
tiene misión de vida.
Yo sé que al apagarte
prendiste en otros cuerpos
fulgores de tu propia llama,
como un insecto dulce
que en el cáliz
de una flor
abriéndose
se posara dejando
un resplandor de luz enamorada.

DEDICATORIA

Escribo este poema sólo porque lo encuentres
al pasar las hojas de una revista,
en un rincón escondido,
tímido, como un ramo de flores
detrás de la espalda.

Escribo este poema en nombre
de los que quisieran escribirte un poema,
de los que se acercan indecisos
con un libro manoseado
a pedirte un autógrafo.
En nombre de los que te leen
y al leerte descubren
una verdad que les faltaba
y no saben nunca
cómo pagártela.

Escribo este poema
porque lo pierdas luego en medio de tus libros
y cuando vuelva a aparecer un día,
sonrías condescendiente
como quien lee
el revés de un autógrafo.

DESAMANECER EN AGOSTO

El cuchillo insistente del canto del gallo
rompe mi noche incrustándose
—con plena alevosía— entre mi sueño.
No quiero despertarme
a pesar de su llamada
cada vez más viva,
y cada vez mi sueño es más fantástico,
delirante, inquieto y se llena
de figuras recortadas
sobre la franja mágica de luz
que sube desde el horizonte.

Así las cosas,
llega el momento inevitable
en que el sueño ya camina,
sonámbulo,
entre el griterío azul
de los pájaros.

Viva es, sí, la llamada del día,
pero los trasnochadores
preferimos la plata de los álamos
temblando en la ribera de la tarde.

¿Cuántas veces el gallo
habrá gritado: des-piér-ta-te?

Cuando al fin abro los ojos
juro que mi derrota no es definitiva:
señores gallos, señores pájaros,
lo siento, ha llegado la hora
de cerrar la ventana.

Suave es la noche
todavía.

LA ALHAMBRA JUNTO A LA TARDE

Desde esta colina
es fácil despeñarse.
Aunque un rumor de historia detenida,
de tiempo fugitivo me sujete.
Porque también me empuja
con el mismo fluir de la corriente
que mi sueño desaloja.
Mi propio sueño desarmado.

Crecen sombras en la luz roja de la tarde
y me asomo al abismo.
Pero no se despejan las incógnitas
que el agua arrastra bajo las calles
de la ciudad tendida.

Abajo, secretamente,
veo mi nombre
desde otra tarde rota
desatarse y mirar las estrellas
apuntando.

Abajo, el río no sabe
de esta hora maldita.
Y como yo se oculta bajo sus pasos
para llevar al fin al aire denso
sus murmullos de plata.

Crece la luna.

Veo mi nombre lejano
—que hoy no se me parece—
ciñéndose a los ojos
del puente, siempre abiertos.

Un remolino era la vida
cuando me trajo aquí.
Ahora se sosiega
como este viejo estanque
en el que yo no bebo.

Un remolino de vida atropellada
—ajena a mí—
al fondo del abismo sucede.

MEDIODÍA

Dejándose mecer sobre las olas,
en el papel del aire
escribía una carta al cielo,
o tal vez a la muerte,
esa nube viajera que guarda
el último mañana,
el instante final.

V

EL CUARTO DE AFUERA

La infancia dura más que la vida

ANA MARÍA MATUTE

Qué oscura gente y qué encogidos vamos

CARLOS BARRAL

PRESENCIA DEL TIEMPO

Entre espinas crepúsculos pisando
GÓNGORA

Es el patio de un viejo molino que se abre
tras una puerta oscura y carcomida.
Es un patio cerrado que hace años olvidó
el trasiego diario,
el olor del aceite, los muchos ruidos.
Es el patio de un viejo molino cansado.

Entré en él
como llevada de una mano irresistible
y esperé entre sus hierbas,
con un extraño peso, contemplando
esta vida que oculta respira
y me sorprende con el brillo
de un joven limonero solitario.

Quedé atrapada en este dulce patio
y en medio del silencio permanezco
mientras una lejana algarabía,
imperceptible casi,

se me acerca:
aquella algarabía sigilosa creciendo
bajo el olor de los capachos prensados
que los niños —ladrones—

deprisa arrastrábamos,
caída ya la tarde,
entre las frías sombras de enero.

Materia
para prender hogueras,
jugar con fuego
en la mágica noche de la Candelaria.

Pero abro los ojos
para arrancarlos de su vértigo,
porque hoy he entrado en este hueco de ausencias,
en este viejo patio sobre el patio de ayer
de mi vida,
y ya no sé por qué es tan dulce el sol
sobre ese joven limonero,
si ahora su luz gastada
se inclina hacia la noche
sin nada que alumbrar.

Si he perdido mis años
y las rojas hogueras ya tiritan,
azules, a lo lejos.

VERANOS

Siempre busqué el valor en los brazos del miedo.
En la siesta infinita de la niñez sonaban,
al fondo de la casa, en el bochorno de la tarde,
voces entrecortadas, ecos de los mayores,
restos de conversaciones
dormidas
sobre las mecedoras.

Mientras tanto,
en la otra orilla de la siesta,
los críos escapábamos
al fuego de las calles.
Entre gritos compartíamos
un carro de madera deslumbrante
—mi caballo de adioses—
que bajaba la cuesta solitaria
chirriando sus ruedas metálicas,
abriéndose en la tarde pegajosa,
audaz, acelerado.
Yo me agarraba fuerte al manillar o las bridas,
con el corazón en la boca.

Pero nunca frené. Sabía que al final,
en el llano, las ruedas locas calmarían su afán
y se detendrían justo allí,

donde las casas abren sus portales de sombra.

Para que al fin me alzara sobre mis piernas flacas,
temblorosas.

En medio de la calle.

En los brazos del miedo.

LA HORA DE LA MERIENDA

Por las oscuras escaleras sube
—mustias las trenzas—
entre puertas abiertas,
calles abiertas, con esquinas
donde el aire en la noche aprieta el paso
y el miedo duerme solo.

A las seis de la tarde
los niños ganan atolondrados
los peldaños de la prisa.
Sin mucho para dar,
a las seis de la tarde
las madres
se inventan la merienda.
Cotidiana batalla
de la escasez
en la casa del pobre.

Corriendo, la chiquillería baja
encendida:

en la mano y en la boca
lucen algunos
el rico *chocolate de tierra*,
dulce y tostada harina
con un lejano rastro de cacao
que saborean

en las tardes al raso.

Luego gritan y sueltan
el vuelo de los pies
de arriba abajo,
ajenos a un sol tibio
que también se apresura
en su carrera al fondo
de la calle.

Rebanada de pan con nata
de leche y azúcar
lleva la niña afortunada
corriendo
desde la cocina a la puerta.

¡Cuidado!
grita la madre, temerosa
de que por la escalera rueda
el delicado
milagro diario.

ADIÓS MUCHACHOS
(Aprendiendo a aprender)

Podíamos pasar la tarde
juntos como si fuéramos otros,
mezclando historias infinitas
con infinitas riñas,
gritos y arreglos
pacificadores.

Jugábamos a solas,
lejos de la mirada de los mayores,
como si no existieran
en nuestro espacio aparte.
Como si tras la puerta falsa
nos olvidase el mundo.

Pero éramos nosotros
los que no olvidábamos ese mundo
grande a nuestros ojos,
ajeno,
aunque empapándonos por dentro.

A solas, pues
—creíamos ilusos—
con campo propio de batalla,
señores de la historia
cada hora arrebatada al tiempo de los mayores,

al ritmo impuesto de las cosas,
con orgullo inconsciente.

Y sin embargo
nuestro precioso reino escondido
no era, al fin y al cabo,
más que el patio trasero de la casa
y nosotros heroicos fantasmas,
reflejos infinitos,
tan felices como infelices,
con el fuego de la ingenuidad.

Y así pasábamos las tardes,
aprendiendo a aprender
en un mundo de fábula,
aprendiendo a ser nadie.

AL AIRE LIBRE

Gary Cooper que estás en los cielos
PILAR MIRÓ

El cine de verano era un gran solar al raso,
abierto a un callejón donde acampábamos.
No sé el porqué de aquel espacio abandonado
en el centro del pueblo.
Lo rodearon de una tapia encalada
y colocaron sillas de madera
que cojeaban en la tierra seca.
Una enorme pantalla recogía
imágenes, sonidos y fulgores,
como relámpagos acompañando
nuestras correrías al margen.

Voces rotas o dulces, agrias o estremecidas,
volaban en la noche bajo la luna.
Nosotros sin parar
jugábamos al escondite
o a pillarnos, distantes en apariencia,
pero soliviantados por aquellos regueros
de luz que atravesaban el gran patio
de la noche ajena.

De pronto la ocasión surgía
tras el descuido del portero,

y los más avispados
entrábamos veloces como flechas
a perdernos entre las sombras mágicas.
Muchas veces alcancé la ventura.

Pero sólo una imagen conservo
inolvidable: Gary Cooper
llenando la pantalla, caminando
con su sombrero, su pistola, su estrella,
en medio de la calle,
bajo una melodía fastuosa,
solo ante el peligro.

EN EL DESVÁN

Es la casa un palomar
MIGUEL HERNÁNDEZ

Estoy en el desván, he abierto un libro
igual que si unos ojos secretos me miraran.
Es la hora de la siesta, yo tengo pocos años
y una ventana al campo donde el sol se pasea.
En el desván los libros levantan casa propia
de la que tengo llave.

Hace calor

y el fuego de las páginas que pasan
me arrastra hacia la noche junto a un perito en lunas.
Caigo por laberintos encendidos
de palabras sonoras que me enredan
y bajo por la escala de la tarde,
como la luna, sola,
al pie de los espinos, las pitas y las eras.

Estoy en un desván, acaso un palomar
donde se arrullan versos,
en el cajón de una mesa gastada
guardo mis borradores escondidos.
Si lo abro, un alboroto de alas y de letras
dirá su nombre sin haberlo escrito.

EL CUARTO DE AFUERA
(*Relato en blanco y negro*)

I

Mi niñez en el cuarto de afuera,
rodando por las tardes, los patios, los domingos,
tu vida huyendo en paralelo
por otras realidades más amargas,
pegada a la tristeza de las calles,
de las oscuras casas
en años de negra miseria.

De pronto me cruzaba feliz
en tu camino
y tu risa era vía de escape hacia otra luz,
persiguiendo inocencia.
Una imagen perdura: el sol
sobre las margaritas
que cortamos,
un ramo sonriente
como nosotros mismos.

Pero yo te sabía entre tus cosas, lejos,
casi siempre por tu otro mundo inalcanzable.
Ahora me despierto y levanto
desde aquel cuarto donde voló mi fantasía
sospechando los huecos por los que resbalabas,

el vértigo de tu caída.
En el cuarto de afuera, mi reino,
nunca supimos comprender tus silencios
ni tu guitarra rota en las noches de lluvia.

Pero ahora sí,
ahora veo la aspereza crecer,
la impaciencia de un médico ante el daño,
el día a día
de los desheredados,
los pobres, los malditos,
enférmos de alma y cuerpo,
malheridos de guerra, hambre y tristeza.

Ahora, desde el cuarto de afuera
de mis años perdidos,
te veo caer otra vez,
veo derrumbarse en tu pecho
el honor en que habías creído,
el escarnio de un castillo de naipes
con almenas podridas.

II

Cruelos tiempos apenas entrevistos
ya en la distancia,
van surgiendo al paso de los años
y me descubro persiguiendo el misterio

que arrastran los mayores, casi sospechando
el dolor que en el aire se mascaba
y las palabras sueltas en la casa
del miedo, palabras en voz baja,
con vaho de cuchicheo.

Ahora te vuelvo a ver, alto y callado,
cruzando sin descanso los caminos
de la desolación, a caballo
entre las fuerzas vivas
y los que viven muriendo.

Por eso
en aquellos oscuros tiempos,
sin que nada cambiase,
cambiaste tú de vida, de mirada,
de manera de ver y de habitar el mundo.
Y lo que veías ya no era igual
ni tú eras ya el mismo.

Cae la venda un día
y ya todo es distinto. Y las costuras falsas
se abren
frente a una realidad que estaba ahí,
aquí, oculta tras la cretona
de las bellas cortinas.

III

Ahora
van los humildes con sus toses secas
o quebradas, el miedo todavía,
las grietas de las manos, pasando a tu despacho
modesto y desolado.
Luego visitarás las amplias casas
llenas de luz y servidores:
el poder que vigila.
En medio tu conciencia,
haciéndose añicos.

Por eso te has vuelto otro:
bajo el silencio de los vencidos
asoma la injusticia de cada día ganado
a la humillación y a la miseria,
en la algarada de los vencedores,
la soberbia y el descaro
de los dueños del mundo.

Y por eso tal vez te consuela, en secreto,
en las noches sin sueño,
la mirada inocente
que reina en el cuarto de afuera.
Y por eso, sin duda, algunas tardes,
mientras que yo me iluminaba al verte,
entrebriás su vieja puerta

con esperanza triste,
sonriéndonos:

éramos los niños,
parecíamos el futuro
en tus ojos cansados.

*Esta es la historia de mi vida,
dije, y tampoco era.*

BLAS DE OTERO

POEMAS QUE ESTÁN DEDICADOS

Planchando las camisas del invierno a Concha García; *Sola no estás* a Juana Castro; *Emboscadas* a Carmen Canet; *Boleros* a Juan Varela Portas; *Lugares de escritura* a Teresa Gómez; *Invierno* a Elena Palumbo-Mosca; *Sed* a Luis García Montero; *Hoy es mi día* a Paula Dvorakova; *Tántalo o el mañana* a Milena Rodríguez y José Carlos Rosales; *Más allá de la muerte* a Lourdes Oriol Rodríguez; *Desamanecer en agosto* a Mar, Josep María, Itaca y Marina; *La Alhambra junto a la tarde* a Julia Uceda; *Mediodía* a Vicente Sabido; *Veranos* a Mónica Doña; *Adiós muchachos* a los amigos de entonces; *Al aire libre* a mi hermano Antonio.

El poema *Dedicatoria* es un homenaje a Ángel González publicado en el año 2005 en la revista *EntreRíos*.

ÍNDICE

A DESTIEMPO	11
RETAZOS	12

I. ¿QUIÉN ANDA AQUÍ?

¿QUIÉN ANDA AQUÍ?	15
PLANCHANDO LAS CAMISAS DEL INVIERNO	16
CONTIGO MISMA	17
NOCHE Y DÍA	18
LA SOLEDAD DEL AMA DE CASA	20
CRACOVIA I	22
CRACOVIA II	24
SOLA NO ESTÁS	26
INSOMNIO	28

II. EMBOSCADAS

EMBOSCADAS	31
CONSONANCIAS CONMIGO EN ASONANTE	
I DÁNDOME PIE	32
CONSONANCIAS CONMIGO EN ASONANTE	
II ELLA	33
DINERO DE BOLSILLO	34
FRÍAS ESTRELLAS	35
VIEJAS SERVIDUMBRES (CANCIÓN DESAFINADA)	36
EL ORDENADOR, LA LECTURA Y EL TIEMPO	37

BOLEROS	38
LUGARES DE ESCRITURA	39
INVIERNO	41

III. PALABRAS NUESTRAS

SED	45
LO QUE OCURRE CON LA LUZ	46
HOY ES MI DÍA	47
PALABRAS NUESTRAS	48
CUMPLIENDO AÑOS	50
TUS LARGOS DEDOS	52
AFÁN	53
UNA FORMA DE VIDA	54
<i>IN THE WINDMILLS OF YOUR MIND. O EL</i>	
HILO DE UNA HISTORIA	56
EL HUECO DE LO VIVIDO	58

IV. LOS INSTANTES DEL TIEMPO

EL AYER	63
TÁNTALO O EL MAÑANA	64
NUBES	65
CON LUZ PROPIA	66
MÁS ALLÁ DE LA MUERTE	68
DEDICATORIA	69
DESAMANECER EN AGOSTO	70
LA ALHAMBRA JUNTO A LA TARDE	71

MEDIODÍA	74
----------	----

V. EL CUARTO DE AFUERA

PRESENCIA DEL TIEMPO	77
VERANOS	79
LA HORA DE LA MERIENDA	81
ADIÓS MUCHACHOS (APRENDIENDO A APRENDER)	83
AL AIRE LIBRE	85
EN EL DESVÁN	87
EL CUARTO DE AFUERA (RELATO	
EN BLANCO Y NEGRO)	88
POEMAS QUE ESTÁN DEDICADOS	95